

abierto las puertas de esta sala destartalada a la curiosidad y a la ironía de las gentes.

En puridad se trata de un conjunto de *objetos encontrados* bautizados con nombres poéticos por Braulio Arenas y Jorge Cáceres: *Poemas en relieve*, *Sueños y delirios*, *La Princesa Subterránea*.

Carentes de la más elemental preparación técnica vienen con la pretensión desmedida de vitalizar y vigorizar la pintura como si estos *collages* y *frottages* fueran vitaminas pictóricas. No se puede hacer arte sin un conocimiento elemental de sus reglas. Paul Valéry en su «Introduction à la Poétique» ha dicho: «Todas las artes admitían antes el ser sometidas cada una, según su naturaleza, a ciertas formas o modos *obligatorios* que se imponían a todas las obras del mismo género y que debían y podían enseñarse como se hace con la sintáxis de una lengua». Esto no ha dejado nunca de ser necesario. Los cuadros de Salvador Dalí, y los de Giorgio de Chirico, y las estampas abstractas de Joan Miró, están trazados sobre el cañamazo de una técnica rigurosa. Y así suele ocurrir con todos los artistas que han intentado la aventura de revolucionar la estética.

La exposición está lejos de todo contacto con la sinceridad. Esto, en artistas que se lanzan a desafiar la opinión del público, es imperdonable.

Nuestras consideraciones no impiden reconocer—sería pueril—la enorme influencia que ha tenido esta escuela sobre el arte actual. Dejando a un lado los inevitables excesos en que incurren algunos de sus devotos—como la *fumisterie* de Arenas y Cáceres—, es preciso señalar que el suprarrealismo, con el cubismo, representa una conquista de gran valor en la marcha segura y ascendente del espíritu.

Grabados

<https://doi.org/10.29393/At199-9GRRRA10009>

En Joaquín Macías y en Pedro Lobos tiene el grabado dos cultivadores de gran calidad. Presentan ambas exposiciones la

curiosa y útil particularidad de que a través de ellas se puede estudiar la técnica que ha dominado el grabado desde los tiempos de Durero y Lucas Cranach hasta Dignimont.

Joaquín Macías ha tenido una preparación docente muy cuidadosa y disciplinada. Los maestros ingleses, como Charles Tunnicliffe, le han transmitido el dominio técnico y el conocimiento de los clásicos. Su permanencia en la ciudad de las brumas ha llevado a sus delicadas estampas esas luces neblinosas y el gusto acentuado por las gamas del claroscuro. El autor de *La Posada del Corregidor* maneja con sin igual soltura el aguafuerte, el aguatinata y la punta seca. Su trazo es fino, minucioso, sensual a veces, y sabe poner en sus visiones un romanticismo que denuncia sus preferencias por los maestros de la escuela flamenca.

No se permite ninguna fantasía hacia un arte de significación avanzada. En sus obras hay respeto por las formas absoluta y plenamente objetivas, un sometimiento a las normas que dieron los grabadores del pasado. Y así su arte, que tiene un regusto de actualidad, proyecta sus luces hacia un pasado hecho de las más pura disciplina estética.

Sus estampas, en las cuales las tramas finísimas y el trazo minucioso ponen la nota característica y sensible para captar al mismo tiempo los paisajes tropicales y las fantasmales visiones europeas, están complementadas por los cartones de Pedro Lobos.

Lobos dirige su inspiración hacia un devenir de ampulosidades plásticas. Sus grabados están hechos de modernidad y de impetuosa inclinación por la línea. Por eso mismo, sus modelos son generalmente la figura humana y sus motivos, grupos de personas que tan propicios se muestran a la composición.

Su inspiración tiene las raíces en el exterior. No hay en Chile—como en Venezuela, Colombia, Bolivia o México—un arte del grabado hecho de elementos autóctonos. Lobos ha sabido aprovechar cumplidamente el limo del arte francés. Sus ilustra-

ciones recuerdan a Picasso—especialmente el gigantismo y la deformación lineal del español—, a Vertés, tan elegante en sus estampas parisinas, a Gros.

La línea en este grabador pierde aquella minuciosidad de antaño y se hace extremadamente expresiva por la riqueza ágil de su trazo. Poco sometido a la objetividad formal, su autor nos da en unas estampas ligeras y transparentes toda la sensibilidad de un espíritu muy moderno.

Preferimos de Macías, *Isla Granada, Plymount, Cinco ciudades y Pordiosera*; de Pedro Lobos, las ilustraciones para *Las canciones de Bilitis, Ariel, Mujer pelando duraznos y Segador*.

Un pintor adánico

Cuando ciertos críticos afirman no haber visto nada que se pareciera ni remotamente al arte de Luis Herrera Guevara están muy cerca de la verdad porque la pintura de este extraño artista nace y morirá con él; Herrera Guevara es un pintor sin antecedentes posibles. Su arte nace con una pureza prístina, inédita, sin contactos con la tradición, sin que la experiencia haya influido de manera alguna sobre una sensibilidad ingénita. De esto derivan una serie de virtudes primordiales que caracterizan su pintura. Es fundamental tener en cuenta estas condiciones para llegar a comprender un arte que suele desorientar a quienes se empecinan en mirar las cosas con los ojos habituales.

Y no. Esta pintura, sin conexión con ninguna experiencia anterior, vale por lo que tiene de sintomática, por ser el ideal reflejo de un espíritu no formado en las técnicas plásticas. Pintura de instinto o, mejor, intuitiva, el arte de Luis Guevara es comparable en su más profunda intención al de Henri Rousseau, Vivien y Hicks. Sus visiones infantiles de lo anecdótico—procesiones, piscinas—y sus alusiones a lo cotidiano y actual—congreso eucarístico, paracaidismo—acusen una sensibilidad de lo